

EL LIBRO SAGRADO EN LA LITERATURA APOCALÍPTICA

GONZALO ARANDA

SUMARIO: I. PLANTEAMIENTO DEL ESTUDIO. 1. La Biblia, libro sagrado para la Iglesia. 2. Precisiones sobre la «literatura apocalíptica». II. EN EL PRIMER PERÍODO DE LA APOCALÍPTICA. 1. Dos libros escritos por Henoc: Libro de los Vigilantes y Libro de Astronomía. 2. Jubileos o el libro escrito por Moisés en el Sinaí. III. EN LA SEGUNDA APOCALÍPTICA. 1. El libro de Daniel o la continuidad de la profecía. 2. Nuevos libros de Henoc: Libro de los sueños y Apocalipsis de las semanas. IV. EN LA APOCALÍPTICA POSTERIOR. 1. En la tradición henóquica más reciente. 2. En autores cristianos: Apocalipsis de San Juan y Pastor de Hermas. 3. En otros escritos judíos: Testamento de Moisés, Apocalipsis siríaco de Baruc, Cuarto de Esdras.

I. PLANTEAMIENTO DEL ESTUDIO

1. *La Biblia, libro sagrado para la Iglesia*

La Iglesia ha definido «sagrados y canónicos» todos los libros de la Biblia, con todas sus partes, no porque contengan la revelación sin error, sino porque «escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo tienen a Dios por autor y como tales han sido entregados a la misma Iglesia»¹. La Const. *Dei Verbum*, recogiendo la distinción señalada por la investigación teológica entre «inspiración bíblica» y «revelación divina»², expone primero la doctrina sobre la «La Revelación en sí misma» (Cap. I) y a continuación trata de la «transmisión de la revelación divina» mediante

1. CONC. VATICANO I, *Const. Dei Filius*, c. 2 de revelatione (Denz 1787); CONC. VATICANO II, *Const. Dei Verbum* 11.

2. Cfr. p.e. P. BENOIT, *Revelation et inspiration*, «Revue Biblique» 90 (1963) 370.

la sagrada Tradición y la Escritura (Cap. II), para centrarse después directamente en la «inspiración divina de la Sagrada Escritura y su interpretación» (Cap. III). De sus afirmaciones se desprende que si bien esa revelación se transmite y actualiza en la Tradición viva de la que forma parte la Escritura³, una vez ésta es constituida y «canonizada», sólo ella y toda ella es escuchada por la comunidad creyente como verdadera palabra de Dios, en virtud de que toda ella es «inspirada»⁴. En esta perspectiva confluyen por tanto el horizonte de la «inspiración» y el de la «revelación».

Tanto la «inspiración» del libro sagrado, como su función de «revelación» para la comunidad que lo recibe, son nociones que se encuentran en los libros del Nuevo Testamento cuando se refieren a los del Antiguo, y, en un caso singular, el de Apocalipsis de san Juan, en un escrito cristiano que se presenta como «revelación de (hecha por) Jesucristo» (Ap 1, 1). Los hagiógrafos del NT manifiestan, en efecto, la convicción de que Israel poseía un corpus de literatura sagrada, a la que se reconocía autoridad como revelación divina porque, en esos libros, el Espíritu Santo hablaba a los hombres por medio de sus autores humanos⁵. En una ocasión se califica a esa Escritura de «inspirada por Dios» (2 Tm 3, 16), y en otra se afirma que en sus profecías «hombres movidos por el Espíritu Santo han hablado de parte de Dios (1 P 3, 20-21)⁶.

3. Acerca de cómo la Escritura es generada y completada en la Tradición viva, tanto en el contexto del judaísmo como en el del cristianismo, cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BIBLICA, *El pueblo judío y sus Escrituras en la Biblia cristiana*, Roma 2001, nn. 9-11.

4. Las afirmaciones de la *Dei Verbum* a este respecto son esclarecedoras, tanto cuando habla del Antiguo Testamento como cuando lo hace del Nuevo o del conjunto de la Escritura. «La economía, pues, de la salvación preanunciada, narrada y explicada por los autores sagrados, *se conserva como verdadera palabra de Dios* en los libros del Antiguo Testamento» (n. 14). «De todo lo cual (predicación del Evangelio, surgimiento de la fe y congregación de la Iglesia) *los escritos del Nuevo Testamento son un testimonio perenne y divino*» (n. 17). «(La Iglesia) siempre las ha considerado y considera (a las Escrituras), juntamente con la Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, *inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles*» (n. 21). «Porque *en los sagrados libros el Padre que está en los cielos va con amor al encuentro de sus hijos y habla con ellos...*» (n. 21).

5. Cfr. Mc 12, 36; Hch 1, 16; etc.

6. En rigor sólo estos dos pasajes hablan propiamente de la «escritura» como efecto de la inspiración, como bien señala R. Fabris (cfr. R. FABRIS, «In che senso la Sacra Scrittura è testimonianza dell'ispirazione?», en A. IZQUIERDO [dir.], *Scrittura ispirata. Atti del Simposio internazionale sull'ispirazione promosso dall'Ateneo Pontificio «Regina Apostolorum»*, Roma 2002, p. 59).

Con todo, la verdadera novedad que encontramos en el NT respecto a la Escritura no está en el concepto de «libro sagrado» unido al de su «inspiración» o a su función revelatoria, sino en que la Escritura se pone en relación directa e inseparable con Jesucristo⁷. Se entiende que toda la Escritura estaba orientada a él, hablaba de él y tenía que cumplirse; de esta forma, al cumplirse en él, se muestra la verdad de la Escritura derivada al mismo tiempo de su carácter sagrado⁸. Y, por otro lado, lo que ha acontecido en Cristo, especialmente su muerte y resurrección, corresponde plenamente a lo que habían dicho las Escrituras; éstas como «libro sagrado» muestran la verdad de Cristo⁹. Así en el NT ni la Escritura se comprende sin Cristo¹⁰, ni Cristo se comprende sin la Escritura¹¹. El concepto de la «Escritura» en cuanto «libro sagrado» entra por tanto en el NT como algo previo e imprescindible en orden a la fe en Jesucristo. Pero al mismo tiempo la fe en Jesucristo, Palabra-revelación definitiva de Dios, llevará a iluminar el concepto mismo de «libro sagrado», en cuanto que éste es comprendido como tal no sólo sobre la base de su «inspiración divina» sino desde la consideración de su analogía con el Verbo encarnado¹².

Pero aquí hay que señalar que en ninguna parte del NT se ofrece una explicación detenida del proceso por el que había llegado a producirse esa «Escritura». Los hagiógrafos neotestamentarios emplean el concepto de Escritura o libro sagrado como algo ya establecido en su entorno religioso cultural. Sin embargo, y esto llama especialmente la atención, ese concepto de Escritura como libro o libros sagrados en su conjunto, no se encuentra en el Antiguo Testamento¹³. Por eso hay que

7. Cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus Escrituras en la Biblia cristiana*, Roma 2001, nn. 6-7.

8. Cfr. Mt 26, 54; Mc 14, 49; Lc 24, 44; Jn 12, 38; etc.

9. Cfr. 1 Cor 15, 3-5; Mt 26, 24; Mc 14, 21; Hch 13, 27; etc.

10. Cfr. 2 Cor 3, 12-17; Lc 24, 45.

11. Cfr. Jn 5, 39, I Cor 15, 3-5.

12. «Porque (en la Escritura) las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomando la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres» (*Dei Verbum* 13).

13. En ningún libro del AT se habla de la inspiración divina en orden a la «escritura», aunque sí se diga que Moisés pone por escrito la Ley que Dios le entregó en el Sinaí (Ex 24, 4; Dt 31, 9; etc.), y los profetas los oráculos recibidos (cfr. p.e. Jer 36, 2-32). El hecho de que de ahí se llegue a atribuir toda la Torah a Moisés, y los libros proféticos a los respectivos profetas (cfr. J. KÜHLEWEIN, *séfer* en E. JENNI-W. WESTERMANN [dir.], *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento*, II, Madrid 1985, pp. 226-228) no implica el carisma de la inspiración.

pensar que llega a los hagiógrafos neotestamentarios en consonancia con las consideraciones judías de esa época sobre la Escritura, y que ellos, desde esas consideraciones, ponen la Escritura en relación inmediata y directa con Jesucristo.

En estas páginas pretendemos analizar tales consideraciones de la Escritura. Adelantando ya de algún modo la conclusión, podemos afirmar que en ellas la «Escritura» estaba abierta a una nueva y definitiva intervención de Dios, y por eso puede ser puesta inmediatamente en relación con el acontecimiento Jesucristo y vincularse esencialmente con él, tal como vemos en los escritos del Nuevo Testamento. El ámbito literario en el que aparecen expresamente consideraciones sobre el carácter sagrado de los libros, y en consecuencia de la Escritura, es el que suele designarse como «literatura apocalíptica». En ella, y en sus expresiones judías o cristianas, nos detendremos en el siguiente estudio.

2. *Precisiones sobre la «literatura apocalíptica»*

Dada la distinta valoración que se tiene de la «apocalíptica» entre los exegetas y teólogos convendrá primero precisar nuestro punto de vista. Cuando hablamos aquí de «literatura apocalíptica» nos estamos refiriendo a aquellas obras de la literatura judía de la época del segundo Templo, y de la literatura cristiana primitiva, en las que aparece la convicción del autor de haber recibido una revelación divina y, además, dedica su obra, o parte de ella, a describir y transmitir esa revelación¹⁴. En este sentido entendemos que no puede contraponerse «literatura apocalíptica» a «literatura bíblica», ya que, así comprendida, la literatura apocalíptica puede ser al mismo tiempo canónica, como sucede en el Anti-

14. No sería suficiente para considerar una obra «apocalíptica» el testimonio de un autor de haber recibido una revelación, como sucede en el caso de San Pablo (cfr. Ga 1, 15-16), pues no se detiene propiamente en describirla o transmitirla. Ni tampoco en el caso del Evangelio de Juan, pues aunque ciertamente el autor presenta a Cristo como el Revelador del Padre, no manifiesta que su forma de conocimiento sea directamente por «revelación», sino por tradición histórica. En cualquier caso también en este evangelio hay elementos similares a los de la apocalíptica. Cfr. A. GONZÁLEZ BLANCO, *El IV evangelio es un escrito apocalíptico. Aportaciones para la revisión del concepto de lo apocalíptico* en A. VARGAS MACHUCA-G. RUIZ (dir.), en *Palabra y vida. Homenaje a José Alonso Díaz en su 70 cumpleaños*, Madrid 1984, pp. 189-203.

guo Testamento con el libro de Daniel y en el Nuevo con el Apocalipsis de San Juan¹⁵.

Definir qué es la «apocalíptica» y, en consecuencia, delimitar las obras que se han de considerar literatura apocalíptica, es prácticamente imposible, ya que el término «apocalíptica» se fragua en tiempos modernos, derivándose precisamente del título del Apocalipsis de San Juan, para designar todo aquello que de algún modo se parece a este libro. Pero a pesar del carácter tan difuso de ese término, es mantenido normalmente entre los estudiosos por no encontrarse otro que refleje mejor la novedad literaria, doctrinal e incluso existencial que se produce en ciertas corrientes del judaísmo del segundo Templo¹⁶. En el fondo de la apocalíptica late una nueva percepción del poder de Dios en los cielos y en la tierra, y de su actuación —directamente o por un intermediario (mesías)— en orden a vencer el mal cuyo origen y fuerza están por encima del hombre, y a salvar a los justos bien inmediatamente tras la muerte bien al final de la historia humana¹⁷.

A la literatura en la que vamos a fijarnos a continuación le damos el calificativo de apocalíptica no tanto porque se trate de obras a las que se las conozca como «Apocalipsis» —título que, excepto en el caso de Apocalipsis de San Juan, en general es secundario respecto a los escritos—, sino porque, como hemos dicho, en ellas se refleja la conciencia de recibir una revelación divina y el propósito de transmitirla por escrito. De ahí que incluyamos obras que en los manuales de Literatura intertestamentaria aparecen en otros apartados distintos del de los «apocalipsis», como el Libro de los Jubileos¹⁸. En nuestro recorrido seguiremos fundamentalmente un orden cronológico.

15. Cfr. G. ARANDA PÉREZ, *Apocalíptica judía fuera de la Biblia*, «Reseña Bíblica» 7 (1995) 43-51; *Daniel, el Apocalipsis del Antiguo Testamento*, «Reseña Bíblica» 30 (2001) 5-12.

16. Cfr. P. SACCHI, *L'Apocalittica giudaica e la sua storia*, Brescia 1990, pp. 24-25. Esa novedad, sin embargo, no es tal que suponga una ruptura con la tradición profética anterior: cfr. A. PAUL, *Genèse de l'apocalyptique et signification du canon des Ecritures* en A. PAUL (dir.), *La Vie de la Parole. Mélanges Pierre Grelot*, Paris 1987, pp. 421-433; G. ARANDA PÉREZ, *El destierro de Babilonia y las raíces de la apocalíptica*, «Estudios Bíblicos» 56 (1998) 335-355.

17. Cfr. G. ARANDA PÉREZ, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, en G. ARANDA PÉREZ-F. GARCÍA MARTÍNEZ-M. PÉREZ FERNÁNDEZ, *Literatura judía intertestamentaria*, Estella 1996, especialmente el capítulo *Los Apocalipsis: Origen del mal y victoria de Dios*, pp. 271-332.

18. Este libro se suele incluir entre los que «reescriben la historia bíblica», cfr. G. ARANDA PÉREZ, *o.c.* en nota 17, pp. 334-341.

II. EN EL PRIMER PERÍODO DE LA APOCALÍPTICA

A partir de las evidencias manuscritas encontradas en Qumrán se ha podido establecer la antigüedad de piezas literarias que antes sólo eran conocidas como partes de obras transmitidas en lenguas de la primitiva cristiandad. Es lo que sucede con el llamado *Libro etiópico de Henoc* (1 Hen) y con el *Libro de los Jubileos* (Jub)¹⁹. Hoy se considera que partes de 1 Hen circulaban ya en el s. III a. C., en concreto un *Libro de Noé* (LN), el *Libro de los Vigilantes* (LV) y el *Libro de Astronomía* (LA), y que Jub, al menos en una primera redacción, sería de comienzos del s. II, antes de la rebelión macabea. Estas obras representan, en la clasificación de P. Sacchi, la primera apocalíptica²⁰. En ellas se encuentra ya en buena medida la comprensión de libro sagrado que permanecerá en el judaísmo y, en cierto modo, en la Iglesia; si bien en ésta el acontecimiento Cristo dará una nueva dimensión a la valoración de la Escritura.

Pero esa literatura apocalíptica no parte de cero. Existen con anterioridad expresiones metafóricas que, para poner de relieve la veracidad y eficacia de la profecía por un lado, y el origen divino de la ley, por otro, apelan a la imagen de textos escritos por Dios. En ámbito profético encontramos esa imagen en el libro de Ezequiel cuando el profeta narra su vocación. La palabra se le da en forma de un rollo que ha de comer y digerir (cfr. Ez 2, 8 - 3, 3). Se trata de una metáfora para expresar que la palabra del profeta es la palabra del Señor²¹. Un rollo escrito en ámbito sobrehumano vuelve a aparecer en Zacarías como imagen de la Maldición personificada que va a recaer sobre el ladrón y el perjurio (cfr. Za 5, 1-4). Este rollo, cuyas dimensiones desorbitadas —iguales a las del tem-

19. M. BLACK, *Apocalypsis Henochi Graece*, Leiden 1970; J.T. MILIK-M. BLACK, *The Books of Enoch. Aramaic Fragments of Qumran Cave 4*, Oxford 1976; F. GARCÍA MARTÍNEZ, *Nuevos textos no bíblicos procedentes de Qumrán (I)*, «Estudios Bíblicos» 49 (1991) 97-134; J.C. VANDERKAM-J.T. MILIK, *A Preliminary Publication of a Jubilees Manuscript from Qumran Cave 4: 4QJub[d] (4Q219)*, «Biblica» 73 (1992) 62-83.

20. P. SACCHI, *o.c.* en nota 16.

21. Prueba de que se trata de una imagen es que más adelante son de hecho las palabras que la Gloria del Señor habla después al profeta (cfr. Ez 3, 4-14) y las acciones simbólicas que le manda realizar (cfr. 4, 1 - 5, 17), lo que va orientado directamente a la conversión del pueblo. Las tres palabras con que se describe el contenido de aquel rollo —«lamentos, gemidos, ayos»— dejan entender de igual modo su carácter simbólico. Sin embargo supone la convicción de que Dios comunica su palabra en forma de escrito, y no sólo de locución como sucedía en los profetas precedentes. Cfr. J. KÜHLEWEIN, *o.c.* en nota 13, pp. 225-226.

plo— muestran también su carácter metafórico, se mueve en un mundo de en medio, entre el cielo y la tierra, en el que, según se entiende en la mentalidad de la época del postexilio, se realiza de manera real y fundante lo que acaece en la tierra²². En el ámbito de la donación de la Ley, está la afirmación de que Dios entregó a Moisés en el Sinaí las dos tablas escritas con las diez palabras (cfr. Dt 4, 13; 5, 22; etc.; cfr. Ex 24, 12) o con «todas las palabras que Dios había dicho a Moisés» (Dt 9, 10; cfr. Ex 31, 18; 32, 15-16; 34, 1)²³. Es una forma de dar autoridad divina a las leyes y mandatos que se transmiten por escrito como procedentes de Moisés, y que son de ese modo testimonio perpetuo de la elección y de la Alianza. Pero las afirmaciones de los libros del AT acerca del Libro de la Ley dejan entender que se considera palabra de Dios no el libro como tal, sino las leyes contenidas en él²⁴, de manera similar a como, en los libros proféticos, palabra de Dios son los oráculos pronunciados por los profetas, no el libro puesto bajo el nombre del profeta.

Lo que en Ez y Za a propósito del rollo escrito, y en Ex y Dt acerca de las tablas entregadas por Dios, constituye un recurso literario a modo de imagen, en la literatura apocalíptica que vamos a ver a continuación se convierte en el marco narrativo que da autoridad a los libros, de forma que todo el libro es presentado como palabra de Dios o escritura divina. Aunque en el fondo se trate del intento de situar la ley o la profecía contenida en esas obras por encima de lo que mantenía el judaísmo «oficial» derivado de Esdras²⁵, denota la convicción de que Dios

22. Cfr. P. SACCHI, *Storia del secondo Tempio. Israele tra VI secolo a.C e I secolo d.c.*, Torino 1994, pp. 100-103. La maldición significada en ese rollo sigue vigente y está a punto de actuar, como también la palabra de Dios por medio de los profetas había permanecido vigente, aún después de la muerte de aquellos, para alcanzar a la generación del destierro que debía conocerla (cfr. Za 1, 6; 7, 7). Deja entender que aquellas palabras mantenían su vigencia en cuanto escritas.

23. Alterna con la afirmación de que fue Moisés quien las puso por escrito (cfr. Ex 24, 4; etc.; Dt 31, 9).

24. Tanto para el redactor deuteronomista en cuanto habla del «libro de la ley de Moisés» (Jos 8, 31-32) o «libro de la Ley de Dios» (Jos 24, 26) o «Libro de la Alianza» (2 Re 23, 2), como para el sacerdotal después cuando alude al «Libro de la Ley de Moisés que el Señor había prescrito a Israel» (Neh 8, 1.13), la ley escrita en forma de libro, al margen del contenido concreto y de la función teológica que tuviese en cada momento, es la palabra de Dios a su pueblo. Sobre cómo se fue dando el paso hacia la denominación de los cinco libros como la *Torah*, cfr. J. KÜHLEWEIN, *o.c.* en nota 13, pp. 226-228.

25. Es el judaísmo que continuará fundamentalmente en el rabinismo fariseo, y el que configurará el canon de libros sagrados judíos (la Tanak) y en gran medida el del

da a conocer su voluntad y sus designios de una manera nueva y diferente, mediante libros escritos en ámbito celeste y entregados a los fieles, y no ya como lo había hecho a Moisés según los libros de la Ley, o a los profetas según los libros que recogían sus oráculos. Veamos cómo aparecen tales ideas en la literatura de esa época.

1. Dos libros escritos por Henoc: *Libro de los Vigilantes* y *Libro de Astronomía*

El recopilador que dio forma final a 1 Hen manifiesta que en su obra incluye diversos libros escritos por aquel patriarca, si bien en ningún momento dice cuántos ni cuáles. El mismo capítulo conclusivo de la recopilación es presentado como «otro libro que Henoc escribió para su hijo Matusalén...» (1 Hen 108, 1). Por el análisis redaccional, y a la luz de los fragmentos encontrados en arameo y griego, se puede deducir con gran probabilidad que 1 Hen refleja la formación progresiva de un «pentateuco» puesto bajo la autoridad de Henoc, cuyas obras más antiguas son el LV y el LA²⁶.

a) El *Libro de los Vigilantes* (1 Hen 6, 1 - 36, 4)

Comienza con un relato de carácter historizador acerca de la caída y castigo de los Vigilantes²⁷, y en seguida introduce la figura de Henoc

Antiguo Testamento en la Biblia cristiana. Sin embargo la línea apocalíptica mantuvo su influjo entre las gentes de Qumrán (cfr. F. GARCÍA MARTÍNEZ, *La apocalíptica y Qumran*, en V. COLLADO (dir.), *II Simposio Bíblico Español*, Valencia-Córdoba 1987, 603-613; C.A. NEWSOM, *Apocalyptic and the discourse of the Qumran community*, «Journal Of Near Eastern Studies» 49 (1990) 135-144; P.R. DAVIES, *Qumran and apocalyptic or obscurum-per-obscurius*, «Journal Of Near Eastern Studies» 49 (1990) 127-134), y en el cristianismo (cfr. G. ARANDA PÉREZ, *o.c.* en nota 17, pp. 268-269).

26. Cfr. nota 19. Sobre los cinco libros contenidos en 1 Hen y las hipótesis sobre la progresiva formación de aquel pentateuco, cfr. G. ARANDA PÉREZ, *o.c.* en nota 17, pp. 273-275. Para la traducción castellana de 1 Hen, vid.: F. CORRIENTE-A. PIÑERO, *Libro 1 de Henoc*, en A. DÍEZ MACHO (dir.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, IV, Madrid 1982, 13-146.

27. Este relato parece pertenecer a un anterior Libro de Noé, integrado ahora en LV. Cfr. F. GARCÍA MARTÍNEZ, *4Q Mes. Aram. y el libro de Noé*, en R. AGUIRRE-F. GARCÍA (ed.), *Escritos de Biblia y Oriente*, Salamanca 1981, pp. 195-232; P. SACCHI, *o.c.* en nota 16.

ejerciendo de escriba. Henoc ha sido elevado a un mundo intermedio en el que por un lado tiene relación con los vigilantes caídos a la tierra y por otro accede en visión a la morada de Dios (cfr. 1 Hen 12, 1-2). A partir de este momento, y hasta el final del LV, habla Henoc en primera persona. Dice escribir primero un «memorial de súplica» para llevarlo ante el Señor del cielo y obtener así el perdón de los vigilantes (cfr. 1 Hen 13, 4), y, después, la respuesta del Señor en forma de un libro: «Este libro contiene las justas palabras y la reprensión de los vigilantes desde la eternidad, según ordenó el Santo y Grande en aquella visión. Vi en mi sueño lo que ahora digo con lengua carnal y con mi hálito...» (1 Hen 14, 1-2). El contenido de las visiones ocupa el resto del libro, e incluyen: a) el castigo que habrán de recibir los Vigilantes y la descripción de los lugares en que tendrá lugar (1 Hen 15-21); b) el destino de los justos y pecadores en sus respectivos lugares (1 Hen 22-32); c) las puertas y salidas de los astros celestiales en los cuatro confines de la tierra (1 Hen 33-36). Es a propósito de esta última visión, cuyo contenido tiene carácter de ley, cuando se explica la forma en que se pone por escrito: «Ví cómo salen los astros celestiales y conté las puertas por donde salen y *anoté* todas sus salidas, cada una según su número, nombre, constelaciones, posición, tiempo y mes, como me mostró Uriel, el ángel que estaba conmigo. Todo me lo mostró y *me lo anotó*, y también *me escribió* sus nombres, leyes y funciones» (1 Hen 33, 3-4). La acción de escribir por parte de Henoc y por parte del ángel se superponen e identifican²⁸. Ni el autor real del LV, ni el recopilador de 1 Hen, parecen ver contraposición en ello: el escrito es de Henoc y del ángel.

En el contenido de LV se aúnan como vemos la profecía, en cuanto anuncia castigos y premios, y la ley, en cuanto que Henoc (o el ángel) escribe las salidas de los astros. Todo forma una unidad, pues los vigilantes son condenados, se dice en las partes proféticas, tanto por haber introducido el mal en la tierra alterando el orden de la naturaleza al unirse a las mujeres (cfr. 1 Hen 12, 4; 15, 3-4), como porque llevaron las estrellas a ellos confiadas fuera de sus órbitas dando así pie para alterar el

28. Las partes a) y b) tienen carácter de «profecía», y se presentan como un «libro» que contiene las palabras pronunciadas por Henoc y la descripción que él mismo hace de sus visiones (cfr. 1 Hen 14, 1-2). Se mantiene por tanto en la forma de proceder que manifestaban los antiguos profetas, sólo que ahora es Henoc mismo quien presenta todo eso como «este libro».

calendario (cfr. 1 Hen 18, 15-16; 21, 6-7). Esas leyes que rigen los movimientos de los astros se dan a conocer en el libro escrito por Henoc para los vigilantes. Es el mismo libro que se da al lector como LV. De esa forma todo el LV, o al menos la parte escrita por Henoc en primera persona (12, 3 - 36, 4), es presentada a modo de profecía-ley llegada del cielo por medio de Henoc el escriba.

b) El *Libro de Astronomía* (1 Hen 72-82)

Lleva por título *Libro del curso de las luminarias del cielo* (72, 1), y comienza con el testimonio de Henoc de haber conocido lo que va a exponer porque se lo mostró el ángel Uriel (cfr. 72, 1). Después va exponiendo las «leyes» (cfr. 72, 2; 73, 1; 82, 9), «disposiciones» (78, 10), «normas» (82, 20), por las que se rigen los astros²⁹. Henoc va escribiendo lo que le muestra el ángel: «Todo esto me mostró el santo ángel Uriel, que es su guía (del sol y la luna), y anoté sus posiciones como me mostró, y anoté sus meses como eran y el aspecto de su luz...» (74, 2). Esa acción de escribir la realiza Henoc en el mundo de arriba en el que contempla y lee, por indicación del ángel, las «tablas celestes»: «Miré las tablas celestes, leí todo lo escrito y supe todo; y leí el libro de todas las acciones de los hombres y de todos los seres carnales que hay sobre la tierra, hasta la eternidad» (81, 2)³⁰. Después es llevado por los ángeles a la tierra diciéndole éstos: «Durante un año te dejaremos con tus hijos hasta que tengas fuerzas para enseñarles, *escribirles estas cosas* y dar testimonio de ellas a todos tus hijos» (81, 6). De acuerdo con esto, al hacer la recapitulación de lo que ha visto, una vez terminado el coloquio con los ángeles y venido a los suyos, dice Henoc: «Ahora hijo mío, Matusalén, voy a decirte todas estas cosas y *te las escribiré*: todo te lo he revelado y *te he dado los libros* de todo esto. Conserva hijo mío *el libro de ma-*

29. La intencionalidad del libro es evidente: justificar el calendario solar de trescientos sesenta y cuatro días frente al lunar.

30. No es fácil determinar si en este pasaje el libro con las acciones de los hombres forma parte de las tablas celestes, como se deduciría de 1 Hen 106, 19 («Conozco los secretos de los santos ya que el Señor me los ha mostrado y hecho conocer y los he leído en las tablas celestes»), o si en la mente del autor se trata de dos entidades distintas, como parecería deducirse de 103, 2: «Conozco el misterio y he leído las tablas celestes, he visto el libro de los santos y he encontrado lo escrito en él y he anotado acerca de ellos: que todo bien está preparado (...) a los que murieron en justicia».

no de tu padre para darlo a las generaciones eternamente» (82, 1). Henoc ratifica la verdad del libro que entrega a Matusalén en que su contenido se lo mostró Uriel, inspirándole (revelándole) tales cosas (cfr. 82, 7).

Según estos datos vemos que en LA quien escribe siempre es Henoc, no el ángel como sucedía en LV. El desfase redaccional en LA está en que por una parte Henoc escribe estando en el mundo celeste o de «en medio» (cfr. 74, 2), y, por otra, lo hace tras haber sido trasladado a la tierra (cfr. 81, 6; 82, 1). Significa que, en realidad, el redactor de LA no ve gran diferencia entre lo escrito en una situación y otra. Los libros entregados por Henoc a Matusalén y sus descendientes por todas las generaciones, como libros de sabiduría (cfr. 82, 2), contienen lo que Henoc escribió en el cielo y transcribió después en la tierra: todo con el mismo valor. En definitiva, es libro sagrado porque contiene lo que está escrito en el cielo: las «tablas celestes» contempladas por Henoc.

2. *Jubileos* o el libro escrito por Moisés en el Sinaí

El *Libro de los Jubileos* se presenta como escrito por Moisés en el monte Sinaí cuando Dios le mandó que subiera para darle las dos tablas: «Habló el Señor a Moisés: Sube al monte, donde yo estoy, y te daré dos tablas de piedra con la ley y los mandamientos, que enseñarás tal como los he escrito» (Jub 1, 1). Además de darle aquellas tablas, el Señor mostró a Moisés «lo pasado y lo futuro» y la «distribución del tiempo según la ley y la revelación» (1, 4), y le ordenó: «Presta atención a todo lo que voy a decirte en este monte y *escribelo en un libro*» (1, 5.6.26).³¹ Sin embargo, a continuación, la orden de escribir se dirige al «ángel de la faz»: «*Escribe a Moisés* (lo ocurrido) desde el principio de la creación...» (1, 27), y se narra que «el ángel del Señor tomó las tablas de la distribución de los años desde la creación (...) hasta que se renueven los cielos y la tierra y toda su estructura...» (Jub 1, 29). Se deja entender que el ángel toma las tablas ya escritas para copiarlas. A lo largo del libro la orden de escribir la

31. En 1, 26 se da una variante entre los manuscritos etiípicos: En vez de «tú escribe todas las palabras», tal como aparece en dos de ellos (B y C), en otros (D y A) se lee «yo te escribiré...». En el contexto tiene más sentido la primera lectura pues con ella se cierra el diálogo entre Dios y Moisés. Sin embargo la segunda responde a lo que dirá más adelante. (Cfr. P. SACCHI, *Apocrifi dell'Antico Testamento*, I, Torino 1981, p. 220).

da repetidamente el ángel a Moisés de parte del Señor³², pero al final de nuevo es el ángel el que tiene las tablas en las manos y además escribe, siendo el resultado el libro que se ofrece al lector, el libro de la distribución de los días: «Así —habla el ángel— guardarán los hijos de Israel el sábado según los mandamientos de los sábados de la tierra, como está escrito en las tablas que puso él (Dios) en mis manos *para que te escribiera las leyes*, momento por momento, según la distribución de sus días. Aquí termina el libro de la distribución de los días» (50, 13).

Tal aparente falta de coherencia en la atribución de la acción de escribir el libro al ángel o a Moisés, similar a la que veíamos en LV, no muestra otra cosa que el interés del autor en ratificar la autoridad del libro como escrito a la vez por ambos, o mejor quizás, escrito por Moisés y dictado por el ángel. El ángel tiene en sus manos las tablas de la distribución o tablas celestes y va hablando a Moisés. En ellas se contiene la historia que va desde la creación hasta la renovación definitiva del cielo y de la tierra, lo sucedido y lo que va a suceder, así como las leyes que rigen los movimientos de los astros y unas normas de comportamiento determinadas³³.

Conviene notar cómo, a diferencia de Génesis y Éxodo, bajo los que subyace un conocimiento de la historia por tradición, Jubileos presenta esa misma historia, si bien con adiciones y omisiones significativas en orden a resaltar sus puntos de vista³⁴, en cuanto conocida por revelación y escrita en el monte Sinaí al dictado del ángel. Se trata sin duda de un paso importante hacia la consideración posterior de toda la Torah-Pentateuco como entregada por Dios a Moisés, y para la valoración de todo su contenido como palabra de Dios³⁵. Otra singularidad de Jubileo-

32. Así en Jub 2, 1: «*Escribe toda la narración de la creación: cómo en seis días terminó el Señor Dios toda su obra...*» en clara alusión al comienzo del libro del Génesis. La misma orden viene mencionada en 23, 32 tras el «apocalipsis» introducido con ocasión de la muerte de Abrahán; y en 33, 18 respecto a la ley de hacer morir a quien yazca con la mujer de su padre, como Rubén, aunque se explica que éste no murió pues no se había ordenado la norma; el ángel le manda ordenarla a Moisés y por eso «escribirla» (cfr. 33, 13.18).

33. Sobre el contenido de las «tablas celestes» en Jub y su similitud a la «ley oral» de los fariseos, cfr. F. GARCÍA MARTÍNEZ, *Las tablas celestes en el Libro de los Jubileos*, «Miscelanea Comillas» 41 (1983) 333-349.

34. Cfr. G. ARANDA PÉREZ, *La relectura de la historia bíblica en el Libro de los Jubileos*, «Reseña Bíblica» 23 (1999) 31-38.

35. Según el Talmud (Gittin 60^a) Moisés recibió de Dios directamente toda la Torah «rollo por rollo».

os es que, puesto que el destino futuro se encuentra escrito en las tablas, éste se presenta con una nota de determinismo más acentuada que en los otros libros que hemos visto antes.

Por otra parte, en Jub son mencionados otros libros «sagrados», que vendrían a ser como sus predecesores, y en cuya línea es situado el ficticio autor «Moisés». Se trata de los libros de Henoc, aludiendo probablemente a LV y LA (cfr. Jub 4, 17-24; 5, 20); de un libro de Noé con lo que los ángeles le enseñaron sobre la curación de enfermedades y expulsión de malos espíritus (cfr. Jub 10, 12-14); un libro de Jacob que éste escribió recordándole un ángel lo que Jacob había conocido en visión (cfr. Jub 32, 21-26; 45, 16); y un libro de Cainán, libro dañino que transcribía las escrituras que los vigilantes dejaron grabadas en una roca (cfr. Jub 8, 1-4). Se presenta así una tradición de escritura de contenidos revelados, que se remonta hasta los días de Noé y que continúa a través de los patriarcas. Aún siendo esto un recurso empleado por el autor de Jub para justificar ciertas normas o para fundamentar las predicciones de lo que ha de suceder, no deja de mostrar la convicción en la apocalíptica de esa primera época de que Dios había hablado y hablaba a través de unos libros.

Como *conclusión* del estudio de la primera apocalíptica podemos afirmar que es ahí donde cuaja realmente el concepto de «libro sagrado». Un libro se tiene como sagrado bien porque haya sido escrito por un hombre llevado al ámbito celeste y con la mediación de un ángel (LV), bien porque es la copia hecha en la tierra de lo que el vidente contempló escrito en tablas celestes y ya lo anotó entonces (LA), bien porque un ángel lo entrega o lo dicta al autor elegido por Dios, a Moisés (Jub). Para el autor de Jub, libros de estas características existieron desde tiempos de Henoc y Noé, y, en definitiva, son como copias de los que existen en el cielo y en los que están contenidas las leyes cósmicas y morales, lo que ha acontecido y lo que acontecerá, y las acciones buenas o malas de los hombres³⁶.

36. Otros libros celestes que se mencionan en Jub junto a las tablas son: los «libros de la vida y de la perdición» en los que son anotados los que se salvan y los que se condenan (cfr. 36, 10); los «libros eternos» en los que están registrados los pecados de los hombres ante el Señor perennemente (cfr. 39, 6), o el libro escrito que tiene delante el ángel que habla a Moisés, en el que se predice que los hijos de Israel equivocarán los tiempos y olvidarán las fiestas de la alianza (cfr. 6, 35). En este caso no queda claro si para el redactor de Jub se trata de una entidad diferente de las tablas celestes en las que está establecida la división del tiempo; los demás vienen a coincidir en definitiva con aquellas tablas.

III. EN LA SEGUNDA APOCALÍPTICA

Desde el punto de vista de la literatura, entendemos como segunda apocalíptica una serie de obras que reflejan haber sido compuestas en torno a la persecución seleúcida que se desató contra los judíos en Jerusalén a partir del 170 a. C. Tales son el *Libro de Daniel*, el *Libro de los sueños* y el *Apocalipsis de las semanas*, estas dos últimas incluidas en 1 Hen 83-90 y 1 Hen 93; 91, 12-17 respectivamente. Las tres tienen un carácter profético y anuncian la instauración del reino de Dios mediante la inminente caída del opresor y el juicio final; las tres se mueven en un marco de representaciones similares a las de la época anterior en orden a cómo sus autores llegan al conocimiento de lo que anuncian: sueños, visiones y revelaciones celestes.

Si en la corriente «oficial» del judaísmo, los libros de la Ley de Moisés y de los Profetas ya estaban recopilados y sus respectivas colecciones cerradas³⁷, no sucede lo mismo entre los autores de libros que emiten nuevas profecías, como Daniel, o siguen ateniéndose a la ley expuesta en los libros de Henoc. Frente a la convicción reflejada en 1 y 2 M de que ya no hay profetas —aunque se esperan para un futuro impreciso³⁸, y de que la función de éstos la cumpla ahora el libro de la Ley de Moisés en lo que respecta a predecir el desenlace de la guerra a favor de los judíos, y animar así a los combatientes³⁹—, se sitúa la reflejada en las obras apocalípticas de la época.

37. Así aparece en Eccló, cuyo autor Ben Sirac conoce el «libro de la Alianza del Dios Altísimo» (cfr. también 1 M 1, 56-57), al que identifica con la «Ley que nos prescribió Moisés», e incluso apunta un uso litúrgico del mismo «como herencia para las asambleas de Jacob» (Eccl 24, 23). Esta forma de hablar significa que para él el carácter sacro del libro está precisamente en que contiene las leyes dadas por Dios a Moisés. El nieto de Ben Sirac, en el prólogo al libro, testimonia ya la existencia de tres colecciones, la Ley, los profetas y los otros escritos, pero no pasa de presentarlos como medio para adquirir sabiduría, a lo que iba destinado asimismo el libro de su abuelo.

38. Cfr. 1 M 4, 46; 9, 27; 14, 41.

39. «Desenrollaron el libro de la Ley para buscar en él lo que los gentiles consultan a las imágenes de los ídolos» (1 M 3, 48). Los oráculos de victoria encontrados en la Ley, quizás al hilo de las promesas de la donación de la tierra por parte de Dios (cfr. Gn 15, 7; Éx 3, 8.17; Lv 18, 25-28; etc.), podían servir para animar a los combatientes antes de entrar en batalla, como leemos en 2 M 8, 23: «(Judas) mandó a Esdrías que leyera el libro sagrado —την ἱεραν βιβλον—; luego, dando como consigna «Auxilio de Dios»... trabó combate con Nicanor». El enardecimiento por la lectura previa a la batalla podía provenir de que escuchaban la Ley que defendían. En este caso se califica a la Ley de «libro sagrado» porque contiene las leyes «por las que estaban dispuestos a morir» (2 M 8, 21).

En estas obras no se pone especial énfasis en los libros que los autores escriben y en la forma de hacerlo, como sucedía en la época anterior, sino más bien en que ha llegado el momento de cumplirse lo que ya está escrito en los libros celestes. Ahora, al llegar el final, esos libros son abiertos, y lo que los videntes escriben no es otra cosa que el desenlace contenido en ellos. Es en este sentido en el que el libro escrito por el vidente tiene carácter sagrado, aunque no se diga así expresamente y la atención se centre sobre todo en el final inminente.

1. El *libro de Daniel* o la continuidad de la profecía

Dentro de la complejidad redaccional del libro de Daniel, fácilmente se percibe que el redactor, que no es el protagonista «Daniel», introduce dos secciones en primera persona como escritas por Daniel. La primera en Dn 7, 2 tras decir que: «Daniel tuvo un sueño y visiones en su cabeza... En seguida *puso el sueño por escrito*. Comienzo del relato» (7, 1)⁴⁰. La segunda, en 10, 2, tras decir que «él (Daniel) comprendió la palabra, le fue dada en visión su inteligencia» (10, 1)⁴¹. Es como si el redactor final de la obra remitiera a un libro (o dos) de visiones y profecías de Daniel⁴².

Aunque perteneciente a la apocalíptica, Daniel no está en la línea henóquica ni muestra una *halaká* propia como Jub, sino que asume los libros de la Ley de Moisés y «los profetas», ya existentes, como libros que contienen la palabra de Dios⁴³. La peculiaridad de Daniel, y la novedad

40. Esta sección abarca hasta el final del cap. 9 e incluye dos visiones y la interpretación de la profecía de Jeremías.

41. Abarca hasta el final del cap. 12 y contiene la descripción de las guerras con los seléucidas hasta la muerte de Antioco IV y la llegada del fin.

42. Se trata de una ficción (pseudoepigrafa) utilizada como recurso para dar valor a la profecía que presenta el libro en su conjunto.

43. Todavía no se deduce que el conjunto de los libros de la Ley y de los profetas sea tenido como palabra de Dios. En cuanto a la «Ley de Moisés», en ella, según la oración de Daniel en el cap. 9, se contenían las maldiciones e imprecaciones que habían recaído, justamente, sobre el pueblo (9, 11.13). El autor de la oración se sitúa ficticiamente en las circunstancias del destierro, y piensa seguramente en las maldiciones contenidas en Levítico y Deuteronomio (cfr. Lv 26, 14-39; Dt 28, 15-68), por lo que puede suponerse que se refiere a la *Torah* con sus cinco libros. En cuanto a los profetas,

que representa en su momento, es que ofrece una nueva profecía, frente al sentir común de que ya no había profetas⁴⁴.

Frente a las obras de la apocalíptica anterior, en la primera sección de las visiones de Daniel se pone el acento en la interpretación, proveniente del mundo divino, de las visiones (cfr. 7, 16; 8, 16; cfr. también 2, 19) o de la profecía de Jeremías (cfr. 9, 22), y no sólo en la visión misma⁴⁵. De esta forma se acentúa la veracidad de la profecía y se da al libro resultante —el libro de las visiones de Daniel— una autoridad mayor que la de aquellos que únicamente contenían visiones (LV, LA) o profecía escrita (Jeremías).

La segunda sección profética de Dn (cfr. 10, 1 - 12, 13), en cambio, se presenta como reproducción de las palabras que el ángel revela a Daniel, y que estaban «consignadas en el *Libro de la verdad*» (10, 21); tratan de «lo que le ocurrirá a tu pueblo al fin de los días, porque hay todavía una visión para esos días» (10, 14). La representación que aquí aparece no va seguramente más allá que la de los «libros celestes» que veíamos en la apocalíptica anterior, incluido el otro «libro» del que habla Daniel, en el que están inscritos los que se han de salvar (cfr. 12, 1). El aspecto novedoso de Dn está en que da una explicación de por qué antes no se había publicado esa profecía: «Y tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras y *sella el libro* hasta el tiempo del fin» (12, 4). Este «libro» es el «Libro de la verdad» cuyas palabras se han revelado a Daniel, y que ahora, puesto que llega el fin, se dan a conocer en el «libro» escrito por él. En la redacción final de Dn, todo el libro de las visiones de Daniel, o la profecía de Daniel dada en forma de libro, tiene el valor de libro sagrado, de modo similar a como la profecía de los setenta años era considerada palabra del Señor a Jeremías (cfr. Jer 25, 11; 29, 10).

aunque en ningún momento dice cuáles son y sólo cita expresamente a Jeremías, los menciona como aquellos que han orientado con normas y mandamientos de parte de Dios la conducta del pueblo (cfr. 9, 5-6.10). Ese reconocimiento de la Ley de Moisés y de los profetas influyó positivamente para que Daniel (las partes en hebreo y arameo) pasasen a formar parte del canon judío, si bien no como «profeta», sino como «otros escritos».

44. Cfr. 1 M 4, 46; 9, 27; 14, 41.

45. Esta forma de interpretar la escritura desde una nueva revelación es característica del *pesher* tal como aparece en Qumrán.

2. Nuevos libros de Henoc: *Libro de los sueños* y *Apocalipsis de las semanas*

a) El *Libro de los sueños* o *de las visiones* (LS) (1 Hen 83-89)

Esta obra se presenta en un marco literario de oralidad; Henoc cuenta sus visiones a Matusalén: «Ahora te mostraré, hijo mío, Matusalén, todas las visiones que he tenido; delante de ti las contaré» (1 Hen 83, 1). Sin embargo, en la segunda visión la atención vuelve a recaer en el «libro»⁴⁶. Ahora se trata del «libro de la perdición», libro celeste en el que un ángel va anotando por orden divina las ovejas (los israelitas fieles) que perecen a causa de las acciones de los malos pastores (cfr. 1 Hen 89, 61-64)⁴⁷, y cuyo contenido sólo será proclamado el día del juicio final (cfr. 90, 20-27). El simbolismo que domina toda la sección⁴⁸ lleva a considerar también ese «libro» como una imagen literaria para expresar que Dios tiene presentes a quienes han maltratado a los israelitas en cada período de la historia (cfr. 89, 70.76; 90, 17), y que tendrán su seguro castigo cuando llegue el reino mesiánico y se abra el libro⁴⁹.

Lo peculiar de LS es que Henoc ha visto anticipadamente lo que se va escribiendo en aquel libro y el juicio final con arreglo a su contenido (cfr. 90, 23-27). En este sentido su escrito, el LS como tal, aunque

46. LS contiene dos visiones: la primera sobre cómo va a perecer la tierra, lo que motiva la oración de Henoc. La segunda describe simbólicamente toda la historia hasta su final con el advenimiento del reino mesiánico. En la primera visión Henoc ve perecer toda la tierra aplastada por el cielo; tras la visión, dice Henoc: «me levanté, recé, rogué, pedí y escribí mi oración para las generaciones del orbe, cosas todas que te mostraré, hijo mío, Matusalén» (83, 10). Es la oración para que Dios no destruya la tierra, que viene escrita a continuación en 84, 2-6. A pesar del interés de esa plegaria, no se atribuye rasgo alguno sobrehumano ni a su composición ni a su puesta por escrito.

47. Al final de cada sección, en la que describe la visión de lo que ha sido el período correspondiente, relata que el ángel lleva y lee ante Dios el libro como testimonio contra los malos pastores. Una y otra vez «el libro era leído ante el dueño de las ovejas, quien tomaba el libro de su mano (del ángel que lo llevaba), lo leía, sellaba y guardaba» (1 Hen 89, 71).

48. Los personajes, buenos o malos, están significados en animales, desde Adán que es «un toro blanco», pasando por los israelitas o las ovejas, hasta el Mesías que es otra especie de toro (o un cordero). Los pastores representan a los reyes que han gobernado al pueblo.

49. Se trata por lo demás de una imagen bien arraigada en la tradición bíblica: cfr. Dt 29, 20.27.

se presenta como relato oral de las visiones, incluye el contenido del libro celeste de la perdición. El autor desconocido de LS, cuando escribe su obra, manifiesta la conciencia de que se ha completado el contenido de ese libro escrito por el ángel, y que, por eso mismo, el final está para llegar. La perspectiva con la que presenta su «profecía», mediante un escrito que recoge el contenido de un libro celeste en el que está fijado el fin, es muy similar a la que hemos visto en Daniel.

b) El *Apocalipsis de las Semanas* (1 Hen 93; 91, 12-17)

Este apocalipsis está incluido en la última parte de 1 Hen, llamada normalmente «Epístola de Henoc» o «libro de las enseñanzas y castigos» (91-108)⁵⁰, que contiene materiales de distinto género y época⁵¹. A pesar de la dificultad de determinar cómo se presentaría anteriormente ese Apocalipsis, dada la fuerte reelaboración en esta sección y el desorden que presenta el texto actual⁵², en la redacción de 1 Hen es valorado como uno de los libros que Henoc escribió tras contemplar las tablas celestes. El Apocalipsis, en efecto, se introduce tras decir: «Después de esto comenzó Henoc a hablar de los libros. Dijo Henoc...» (93, 1.3). Se trata, afirma Henoc, de lo que «sobre los justos, los elegidos del mundo y el retoño recto (...) se me mostró en visión celestial y supe de palabra de los santos ángeles y comprendí por las tablas celestes» (93, 2). Los «li-

50. Se le da el nombre de Epístola de Henoc porque así aparece en los fragmentos griegos; mientras que el de «Enseñanzas y castigos» se deduce del contenido.

51. Fácilmente se detectan ahí dos unidades literarias que debieron de circular independientemente con anterioridad a la composición de 1 Hen: el *Apocalipsis de las Semanas*, llamado así porque presenta la historia dividida en diez semanas, pareciéndose en cierto modo al LS, y un *Libro de Noé* (1 Hen 106-107), que completa otras secciones de 1 Hen sobre el mismo tema (cfr. 1 Hen 6-11; 65-70). Con todo, no es fácil determinar cómo y donde comenzaría exactamente ese Apocalipsis, y, en concreto, si la frase «libro escrito por Henoc, el escriba —pues él escribió toda esta enseñanza de sabiduría...» (92, 1) se ha de entender como colofón del Apocalipsis, según se desprende de los fragmentos arameos que la sitúan a continuación del final del apocalipsis, o como comienzo de la sección dedicada a las enseñanzas y exhortaciones del patriarca, que abarcarían el cap. 92 y del 94 al 105. Luego vendría el Libro de Noé y, finalmente, «otro libro» que escribió Henoc para su hijo Matusalén (1 Hen 108).

52. De hecho parece claro que 1 Hen 91, 12-17 está desplazado de lugar y suele colocarse detrás del Cap. 93. Cfr. M.A. KNIBB, *The Ethiopic Book of Henoc*, Vol II, Oxford 1978, p. 14; F. CORRIENTE-A. PIÑERO, *o.c.* en nota 26, pp. 125-127; P. SACCHI, *o.c.* en nota 20, p. 230.

bros» de los que habla Henoc pueden significar libros celestes, al igual que las tablas, y también, según parece requerir el tenor de toda esta última parte de 1 Hen, libros escritos por el patriarca. Da la impresión de que ambas perspectivas se funden, como sucedía en la apocalíptica anterior.

La misma perspectiva aparece en el *Libro de Noé* incluido en 1 Hen 106-109. Henoc predice a Noé el diluvio, la salvación de Noé y sus hijos, y, también, la iniquidad que vendrá después sobre la tierra, pues «conozco —dice— los secretos de los santos, ya que el Señor me los ha mostrado y hecho conocer y *los he leído en las tablas celestes*» (106, 19).

En *resumen*, en la literatura apocalíptica de esta época el concepto de libro sagrado o de «Escritura» se carga de una connotación eminentemente profética. Los libros escritos por los videntes desvelan lo que va a suceder en los últimos tiempos tal como está escrito en libros celestes: el «Libro de la Verdad» según Dn, o el «Libro de la Perdición» según LS. El que la profecía esté escrita en tales libros es la garantía de su exacto cumplimiento. Además, es precisamente la inminencia del fin lo que motiva, según los autores de esas obras, que se dé tal revelación y que se ponga ahora por escrito. Por otra parte, el carácter sagrado de los libros no está ya sólo en ser transcripción de libros celestes contemplados en visión, sino también en que se escriben tras haber recibido sus «autores» una interpretación celeste de las mismas visiones o de la profecía anterior, como es el caso de Daniel. Estos aspectos —la necesidad de que se cumpla lo que «está escrito», y la revelación en los últimos días— los volveremos a encontrar en el NT cuando hablan de las «Escrituras»⁵³.

IV. EN LA APOCALÍPTICA POSTERIOR

En los períodos anteriores, el concepto de «libro sagrado» se afianza, como hemos visto, con relación a tablas o libros celestes, cuya copia, hecha por ángeles o por hombres visionarios, es entregada al pueblo. Además, en la época de la persecución seleúcida se acentúa la inminencia del fin, precisamente como contenida en tales libros, y, por tanto, de-

53. «Está escrito»: cfr. Mt 2, 5; 26, 24; Mc 9, 13; 14, 27; 24, 44; Hch 1, 20; 15, 15; etc. Revelación en los últimos días: cfr. Hb 1, 1.

cretada desde siempre y de forma irrevocable. Todo esto seguirá incidiendo en la posterior literatura apocalíptica que se desarrolla en la época romana y que constituye el contexto literario en el que surge el NT. Puede verse tanto en la continuación de la tradición henóquica, como en los primitivos autores cristianos, como en otros escritos judíos de la época. En cada uno de estos ámbitos el concepto de libro sagrado se va a reforzar además desde nuevas perspectivas.

1. *En la tradición henóquica más reciente*

La redacción de 1 Hen en su estado actual, conocido por los fragmentos de la versión griega y por la versión etiópica, debió de llevarse a cabo ya entrado el s. I d. C.⁵⁴. Muestra cómo pervivió la tradición henóquica, y, en cuanto al tema del libro sagrado que es el que aquí nos interesa, el valor que se daba a los «libros de Henoc» como libros sagrados.

a) *El Libro de las enseñanzas y castigos* (1 Hen 91-105)

Esta parte de 1 Hen se presenta como «*Libro escrito por Henoc, el escriba* —pues *él escribió* toda esta enseñanza de sabiduría, loada por todos los hombres y norma reguladora para toda la tierra—, para todos mis hijos que moran en la tierra y para las generaciones posteriores que obren con rectitud y paz» (92, 1)⁵⁵. En sus exhortaciones Henoc hace referencia a los libros celestes, con especial énfasis a los que contienen los pecados de los hombres (cfr. 98, 7), y a las tablas celestes y al libro de los santos (de los

54. Así se desprende sobre todo de que no se hayan encontrado fragmentos en Qumrán de la sección denominada «Libro de las Parábolas» (1 Hen 37-71) y del capítulo conclusivo (1 Hen 108). También la parte final del libro, la de «enseñanzas y castigos» (1 Hen 91-107), exceptuadas las inserciones de Apocalipsis de las Semanas y Libro de Noé, se considera posterior a la época de las revueltas macabeas, quizás de tiempos de la reina Alejandra (76-67 a. C.). Cfr. F. CORRIENTE-A. PINERO, *o.c.* en nota 26, pp. 16-25.

55. Entendemos que 1 Hen 92 es la introducción a esta parte de 1 Hen que continúa en 94, 1 y sigue hasta 105, 3. Trata del destino de justos y pecadores y termina con una fórmula conclusiva única en el todo 1 Hen: «En esos días, dice el Señor, se ha de llamar a los hijos de la tierra y se les dará testimonio de la sabiduría (de estos libros). Hacédselos conocer, pues sois sus guías, así como las recompensas sobre la tierra. Pues mi Hijo y yo nos uniremos con ellos eternamente en los senderos rectos durante su vida, y tendréis paz. Alegraos, hijos de la rectitud. Amén» (105, 1-3).

ángeles), que Henoc ha leído y así conocido el misterio (cfr. 103, 1-3)⁵⁶. Pero sin duda la nota más relevante de esta sección es que en ella se encuentra una defensa de los libros escritos por Henoc, frente a quienes niegan la existencia de libros celestes⁵⁷, y frente a quienes escriben otros libros falsos⁵⁸. Parece que estos últimos también apelaban a la tradición de Henoc, pero sin duda de manera distinta, es decir, negando el juicio último de los pecados ya pasados. A ellos dice Henoc: «no alteréis la palabra verdadera» (104, 9); y de ellos se lamenta: «¡Si tradujeran todas las palabras con rectitud en sus lenguas, sin cambiar ni disminuir las más, sino que recitadamente escribieran todo lo que antes he testificado sobre ellos!» (104, 11).

Que se falsificarían sus libros ya lo había predicho, precisamente hablando de los pecadores, el mismo Henoc, como un misterio que él conocía. Por eso hace juramento solemne de que lo que él escribe es lo que ha visto en las tablas celestes y lo ha anotado (cfr. 103, 1). Los pecadores tienen libros falseados, escritos por ellos mismos; mientras los justos reciben los libros, creen en ellos y alcanzan sabiduría⁵⁹. Con ello se establece un criterio de discernimiento del «libro sagrado»: el testimonio del mismo Henoc de haberlo escrito.

b) El *Libro de las Parábolas* (1 Hen 37-71)

Aquí el narrador introduce a Henoc como el que habla después de haber tenido una visión⁶⁰. Tras una primera locución del patriarca con-

56. «Yo os juro ahora a vosotros, justos, por la gloria del Grande, el Honorable, el Fuerte en reinado y grandeza, os juro que conozco el misterio y he leído las tablas celestiales, he visto el libro de los santos y he encontrado lo escrito en él y anotado acerca de ellos: que todo bien, júbilo y honor está preparado y escrito para las almas de los que murieron en justicia y que mucho bien os será dado...» (103, 1-3).

57. «No os ilusionéis en vuestro espíritu, ni digáis en vuestros corazones que no sabéis ni veís (que) todo pecado es anotado en el cielo, cada día, ante el Altísimo» (98, 7).

58. «¡Ay de vosotros, *los que escribís mentiras* y palabras de los impíos, puesto que escriben sus engaños para que se les oiga y se olvide lo demás! ¡No tendrán paz, y de muerte súbita morirán! (98, 15; cfr. 104, 10-13).

59. «Ahora yo conozco este misterio: muchos pecadores también cambian la palabra recta, la alteran y hablan malas palabras, mienten, inventan grandes ficciones y *escriben libros acerca de sus discursos* (...) Yo sé otro misterio, pues *a los justos y sabios son dados libros* para gozo, rectitud y gran sabiduría. A ellos se dan los libros, creen en ellos y gozan, y son retribuidos todos los justos que en ellos conocieron los rectos caminos» (104, 10-13).

60. Se trata de la «segunda visión», pues para el narrador la primera sería la parte anterior de la obra, es decir, cap. 1-36 (cfr. 1, 2).

tra los pecadores, vuelve a hablar el narrador diciendo: «En aquellos días *tomará Henoc los libros* del celo y de la cólera, y los de tumulto y turbación, y no habrá misericordia para ellos, ha dicho el Señor de los espíritus» (1 Hen 39, 2). Se refiere sin duda en primer lugar a libros celestes, pero al mismo tiempo son los que ha escrito Henoc. Los libros de Henoc aparecen así como un conjunto ya existente para el narrador, y equivalentes a los libros celestes. A continuación sigue hablando Henoc, en primera persona, de sus visiones (o parábolas)⁶¹ hasta 1 Hen 65, 1 en que comienza a hablar Noé de las revelaciones que le hizo su abuelo Henoc y de sus propias visiones. Y comenta Noé: «Tras esto *me dio mi abuelo Henoc en un libro* la explicación de todo lo oculto y las parábolas que le habían sido otorgadas, *y me las reunió en las palabras del Libro de las Parábolas*. En ese día habló así Miguel a Rafael...» (1 Hen 68, 1-2). Es evidente que para el redactor, ese «Libro de las Parábolas» escrito por Henoc y entregado a Noé significa, dentro de la ficción, un «libro sagrado» en su conjunto, que tiene su origen en ámbito celeste⁶².

c) El capítulo conclusivo de 1 Hen (1 Hen 108)⁶³

Este capítulo es presentado por el redactor final diciendo «*Otro libro escribió Henoc* para su hijo Matusalén y para los que vinieran tras él

61. La segunda parábola va dirigida a los que niegan el nombre de la morada de los santos y del Señor de los espíritus (cfr. 45, 1); en ella Henoc ve al Hijo del hombre (cap. 46), la conversión de los gentiles (cap. 50), la resurrección de los muertos (cap. 51) y el juicio final (cap. 52-57). En la tercera parábola, dirigida a los justos, Henoc revela secretos astronómicos, dice hablar ya en vida de Noé (cfr. 60, 1) y trata de los días del Elegido (cap. 61) y del juicio y condena de los reyes y poderosos (cap. 62-64).

62. Quizá considerando que únicamente tales libros son beneficiosos para el hombre, presenta la «escritura» realizada sólo por cuenta humana como uno de los males que los ángeles caídos enseñaron a los hombres: «el cuarto se llama Penemué; ése mostró a los hijos de los hombres lo amargo y lo dulce, y todos los arcanos de su sabiduría. *Él enseñó a los hombres la escritura con tinta y papel*, a causa de lo cual son muchos los que se extravían desde siempre y hasta siempre, hasta este día. Pues los hombres no fueron creados para semejante cosa: con pluma y tinta fortificar su fe. Pues no fue creado el hombre sino como los ángeles, para permanecer justos y puros, y la muerte que todo aniquila no los hubiera alcanzado; sin embargo a causa de ese saber suyo perecen y por esa fuerza son contaminados» (69, 8-11). En el contexto de 1 Hen, que considera constantemente al patriarca como «escriba de justicia», ese pasaje sólo puede hacer referencia a otras escrituras que versasen asimismo sobre supuestas leyes y designios divinos.

63. Falta en la versión griega de 1 Hen, y tampoco hay fragmentos de este capítulo en Qumrán. Tiene el carácter de un segundo apéndice, tras el del Libro de Noé (106-107), y parece conocer sólo el Libro de los Vigilantes.

y guardaran la ley en los días postreros» (108, 1). Después se introduce la exhortación del patriarca, en la que él mismo comunica la revelación que recibe del ángel. En esa revelación se señala el castigo de los pecadores —sus nombres serán «borrados de los libros santos» (108, 3)—, y Henoc ve el infierno «donde son arrojados los espíritus de los pecadores y blasfemos, los que obran mal y los que alteran todo lo que el Señor *por boca de los profetas* ha predicho que habría de suceder. Pues *algunas de esas cosas estaban escritas y anotadas en lo alto*, para que las leyeran los ángeles y supieran lo que había de acontecer a los pecadores y a los espíritus de los humildes» (108, 6-7). La mención de «los profetas» es sin duda, en ese contexto, una incoherencia involuntaria siendo que quien habla es Henoc; pero refleja la consideración positiva que de «los profetas» tiene el autor de esta pieza. Para él, sin embargo, el libro escrito por Henoc es más completo, pues a él dice el Señor a propósito de los mártires: «*En los libros he anotado todas su bendiciones y las recompensas de los mismos...*» (108, 10). Quien dice que las anota es el Señor, pero se dan a conocer por el libro de Henoc, ya que tales bendiciones se describen a continuación (cfr. 108, 11-15). El pasaje implica por tanto que, para el redactor de este capítulo, los libros de Henoc en su conjunto son considerados la profecía más completa sobre el castigo de los pecadores y los premios de los justos.

La tradición sobre Henoc que pervive en la literatura posterior, judía o cristiana, recoge en gran medida ese aspecto. Así en *Testamentos de los Doce Patriarcas* se cita varias veces lo «inscrito» en el libro de Henoc para reafirmar el castigo de los pecadores⁶⁴. Y en la *Carta de Judas* 15 se aplica explícitamente a los falsos doctores lo que «Henoc, el séptimo después de Adán profetizó sobre ellos»⁶⁵; testimonio que cobra especial relieve ya que en la Carta no se cita a ningún otro «profeta». Esa misma profecía de Henoc se encuentra insertada en *Vida latina de Adán y Eva* cuando se narra que Salomón pudo leer las tablas de piedra escritas por Set tras la muerte de Eva, en las que «se encontró lo que había profeti-

64. Cfr. TestSim 5, 4; TestLv 10, 4; TestDn 5, 6; TestNef 4, 1; TestBen 9, 1. Aunque no se recojan en todos los casos citas exactas de 1 Hen (cfr. A. PIÑERO, *Testamentos de los Doce Patriarcas*, en A. DÍEZ MACHO (dir), *Apócrifos del Antiguo Testamento, V: Testamentos o discursos de adiós*, Madrid 1987, p. 40), queda ratificado el valor que se daba a sus libros.

65. La Carta recoge, aunque no al pie de la letra, 1 Hen 1, 9 y probablemente también alude a 1 Hen 5, 5.

zado Henoc... con la venida de Jesucristo»⁶⁶. Parece por tanto que la autoridad dada a esos libros de Henoc estribaba sobre todo en que se consideraban libros proféticos.

2. En autores cristianos: *Apocalipsis de San Juan y Pastor de Hermas*

En los escritos del NT se puede percibir que sus autores tienen, respecto a las «Escrituras», la misma comprensión que hemos visto perfilada en la literatura apocalíptica anterior, que los libros de la «Escritura» comunican directamente la palabra revelada de Dios. La novedad radical está en que se ve en Cristo la plenitud de la revelación de Dios y su Palabra definitiva (cfr. Ga 4, 4, Hb 1, 1-2). Así, prevalece la dimensión «profética» de todos los libros sagrados del judaísmo, y, desde el principio, se apela a las «escrituras» en general como testimonio divino de que lo que ha sucedido con Jesús, su muerte y resurrección, ha sido «según las escrituras» (1 Cor 15, 3-4), es decir, tal como estaba previsto y escrito⁶⁷. Se entiende que a través de toda la Escritura habla Dios mismo o el Espíritu Santo⁶⁸, que toda ella es «inspirada por Dios» (2 Tm 3, 15) y que «no puede fallar» (Jn 10, 35). Como «Escritura» se contemplan la Ley, los Profetas y los salmos (u otros libros) (cfr. Lc 24, 44), aunque todavía no pueda decirse que esté determinado quienes sean los profetas (cfr. Jdt 1, 14 que cita entre ellos a Henoc), ni los «otros libros».

Pero, en lo que se refiere a sus propias obras, los hagiógrafos del Nuevo Testamento no les dan ese carácter «sagrado» que atribuyen a las

66. VidAdEv 53. «Con la venida de Jesucristo» es claramente una inserción cristiana, pero la alusión a Henoc podría proceder de un escrito originario judío. Cfr. N. FERNÁNDEZ MARCOS, *Vida de Adán y Eva (Apocalipsis de Moisés)*, en A. DÍEZ MACHO (dir.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, II, Madrid 1982, pp. 317-352.

67. Por su parte, cada uno de los autores de los libros del NT, asumiendo en gran medida los métodos ya empleados en el judaísmo de su tiempo, mostrará a su manera cómo se ha realizado ese cumplimiento: Vid. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, Roma 2001, nn. 3-4; 13-14. Especial importancia tiene la interpretación *peshet* que parte del texto mismo de la Escritura, tal como vimos en Daniel y se desarrollaba en Qumrán. Sólo que en el NT la iluminación para conocer el sentido de la profecía ya escrita viene de Cristo y del conocimiento de su misterio. En cambio, en la apocalíptica en general (excepto Dn 9), tanto el objeto de interpretación como la iluminación para interpretar, son nuevas visiones o profecías; de ahí que no recurra expresamente a las «Escrituras» anteriores.

68. Cfr. Mt 2, 15; Mc 12, 36; Hch 1, 16; 4, 25; 2 P 1, 21; etc.

«Escrituras», ni en el sentido de que transmitan un contenido proveniente del mundo celeste, ni en el de que sea Dios mismo (o el Espíritu Santo o un ángel) quien hable por ellos. Sólo en *Apocalipsis de San Juan* queda reflejada expresamente la idea de que la nueva revelación de Dios a través de Jesucristo se da mediante un «libro sagrado» en el sentido indicado. Y en ese mismo sentido aparecerán después otras obras de la primitiva literatura cristiana, entre las que destaca el *Pastor de Hermas*, por la función que atribuye al libro y a la forma de escribirlo⁶⁹. Analizaremos brevemente estas dos obras viendo el concepto de «libro sagrado» que subyace en sus autores.

a) El *Apocalipsis de san Juan*

En Ap quedan integradas muchas de las representaciones acerca del libro sagrado que ya hemos visto en la apocalíptica anterior, si bien en él se expresa con más claridad aún la relación entre la revelación divina y el libro escrito por Juan. En efecto, la revelación se le da al autor en dos momentos.

El primero, en una visión (o éxtasis) en la que se le comunica también, como sucedía en el caso de Daniel, la explicación de lo que ha visto (cfr. Ap 1, 17-20), y, dentro de la visión, se le ordena escribir las cartas a las siete iglesias, dictándosele incluso el contenido de las mismas (cfr. 2, 1 - 3, 22). La procedencia celeste de las cartas, y su carácter «sagrado» resulta así evidente.

El segundo, en un arrebató celeste —otra forma de expresar la visión (cfr. 4, 1)—, en el que el autor de Ap contempla, como Henoc, el libro que contiene los misterios de Dios, pero ahora sólo el Cordero (Cristo) lo puede abrir y leer (cfr. 5, 1-14). Al vidente se le va dando a conocer así el contenido de aquel libro al hilo de la apertura de los siete sellos. Cuando se inicia la visión del fin con la apertura del séptimo sello (cfr. 8, 1) el vidente contempla «otro ángel poderoso que bajaba

69. El género apocalíptico o de «libro de revelación» se desarrollará especialmente entre los gnósticos; pero no es momento ahora de ocuparnos de esa literatura. En otros «apocalipsis» cristianos como *Apocalipsis de Pedro* o *Apocalipsis griego de Pablo* se exponen revelaciones a estos apóstoles mediante visiones que les muestra Cristo; pero en ellos no tiene relieve el tema del libro como tal.

del cielo envuelto en una nube» y «en su mano *tenía un librito abierto*», cuyo contenido todavía no ha de escribir (10, 1-2.4)⁷⁰. Sólo después de que se ha desvelado el final con el triunfo del Cordero en los combates escatológicos y el advenimiento de la Jerusalén celeste (cfr. 19, 11 - 22, 5), puede darse a conocer su contenido: «no *selles las palabras proféticas de este libro*, porque el tiempo está cerca» (22, 10). En el conjunto de Ap hay por tanto una estrecha relación entre el libro que tiene en su mano derecha el que está sentado en el trono (5, 1), el librito abierto que trae el ángel poderoso y que come el vidente (10, 1-11), y el libro profético escrito por el vidente mismo (22, 9-10.18-19). El primero contiene los designios divinos en su totalidad sólo cognoscibles a través del Cordero que va abriendo los sellos. El segundo, que sería una parte del anterior, contiene lo relativo al final que ha de anunciar a su debido momento el vidente; el tercero reproduce con total garantía (escrito en visión, bajo la orden divina y con ratificación angélica de la verdad de sus palabras) el contenido de los anteriores y es el que tiene el lector en sus manos. La revelación en este caso es inseparable de la función que juega el libro; éste se convierte en vehículo imprescindible para que esa revelación llegue a la comunidad cuando ésta recibe y lee el libro en contexto litúrgico⁷¹. Todo el libro equivale por tanto a la palabra de Cristo a su Iglesia.

Por otra parte, en el contexto polémico que se refleja en Ap⁷², el autor ha de insistir en la veracidad e inalterabilidad de las palabras de su libro: «Si alguno añade algo, Dios echará sobre él las plagas *que se describen en este libro*. Y si alguno quita algo a las palabras proféticas de este libro, Dios le quitará su parte en el árbol de la vida y en la ciudad santa *que se describen en este libro*» (22, 19). De esta forma el autor de Ap da a su libro un valor similar a aquel «*otro libro que es el de la vida*» (20,

70. La imagen de comer el librito está tomada de Ezequiel (cfr. Ez 3, 1-3) y es ciertamente una forma de dar garantía a su profecía. El que ahora se le ordene por una parte no escribir su contenido, y por otra se le envíe a predicarlo, se explica considerando que se trata de un recurso para mantener la tensión hasta el final de la descripción de la visión.

71. Cfr. U. VANNI, *Liturgical dialogue as a literary form in the book of Revelation*, «New Testament Studies» 37 (1991) 348-372.

72. Cfr. E. SCHÜSSLER FIORENZA, *Apokalypsis and Prophetia. The Book of Revelation in the Context of Early Christian Prophecy*, en J. LAMBRECHT (dir.), *L'Apocalypse johannique et l'Apocalyptique dans le NT*, Gembloux 1980, pp. 105-128; G. BIGUZZI, *The Chaos of Rev 22, 6-21 and Prophecy in Asia*, «Biblica» 83 (2002) 193-210.

12) que se abre en la escena del juicio⁷³. En efecto, puesto que ese «árbol de la vida» y esa «ciudad santa» son precisamente las que se describen en Ap (cfr. 22, 2.14); y dado que la participación en tales premios depende de la no alteración de sus palabras, se deduce que el libro profético (Ap) juega una función similar al «libro de la vida». La aceptación inalterada de la profecía de Ap decide la participación en los bienes instaurados con la victoria del Cordero descritos en el mismo Ap.

Ap se presenta por tanto no sólo como un libro «sagrado» en el que se dan a conocer los designios divinos con la victoria de Cristo (juicio, eliminación del mal, instauración de un mundo nuevo), sino como un libro profético, mediante el cual Dios y Jesucristo hablan a la comunidad, y por el que se decide el destino de los que lo leen o escuchan⁷⁴. Es verdaderamente revelación («apocalipsis») hecha por Jesucristo (1, 1) a través de un apóstol, Juan (cfr. 1, 4), que manifiesta escribir todo y sólo lo que Cristo, por medio del Espíritu (cfr. 2, 7.1; etc.), le da a conocer⁷⁵. En este sentido Ap contribuye en gran medida a esclarecer el concepto de «libro sagrado» en ámbito cristiano⁷⁶.

b) El *Pastor de Hermas*

Se trata de una obra de hacia mediados del s. II y de redacción muy compleja⁷⁷. Además de las representaciones ya vistas de escribir

73. «Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono; fueron abiertos unos libros, y luego se abrió otro libro que es el de la vida» (20, 12). Los primeros libros corresponden a los que en la tradición literaria anterior contenían los pecados y las buenas obras de los hombres. El otro libro, el de la vida, corresponde al que contiene los nombres de los que se han de salvar (cfr. Ap 3, 5; 20, 15), y es el «libro de la vida del Cordero» (21, 27), el libro donde están anotados quienes «lavan sus vestiduras para tener derecho al árbol de la vida y entrar por las puertas a la ciudad» (22, 14; cfr. 22, 2).

74. Sobre el carácter profético de Ap, cfr. R. TREVIJANO ETCHVERRIA, *El discurso profético de este libro (Apoc 22, 7.10.18-19)*, «Salmanticensis» 29 (1982) 283-308.

75. Cfr. G. ARANDA PÉREZ, *El Espíritu y la Iglesia dicen: Ven (Ap 22, 17)*, en P. RODRÍGUEZ (dir.), *El Espíritu Santo y la Iglesia. XIX Simposio Internacional de teología de la Universidad de Navarra, Pamplona, 22-24 de abril de 1998*, Pamplona 1999, pp. 331-342.

76. Cfr. G. ARANDA PÉREZ, *La «sagrada escritura» a la luz del Apocalipsis*, en J. CHAPA (dir.), *Signum et testimonium. Estudios en honor del Prof. Antonio García Moreno*, Pamplona 2003, pp. 201-216.

77. Cfr. M. SIMONETTI, *Letteratura cristiana antica. Antologia di testi I: Dalle origine al terzo secolo*, Casale Monferato 1996, pp. 104-105.

bajo el dictado angélico⁷⁸, encontramos una nota peculiar en la consideración de un «libro sagrado» en cuanto procedente del mundo sobrenatural. Se trata del libro que en la segunda visión, le muestra a Hermas la señora anciana, expresamente identificada con la Iglesia y no con la Sibila, y que Hermas transcribe sin comprender su contenido⁷⁹. Luego se le explica que son sus pecados y los de sus descendientes, y se le ordena hacer dos copias y enviarlas a sendos destinatarios, mientras él lo lee al pueblo⁸⁰. Bajo la visión subyace el convencimiento de que la Iglesia es depositaria y transmisora del «libro sagrado».

3. En otros escritos judíos: *Testamento de Moisés, Apocalipsis siríaco de Baruc, Cuarto libro de Esdras*

Si en la tradición henóquica prevalece como característica principal del libro sagrado el aspecto de «profecía» de inminente cumplimiento, y lo mismo sucede en ámbito cristiano, si bien con la connotación de haberse cumplido en Jesucristo o de ser una revelación de éste sobre el final (Ap), en otras obras judías prácticamente de la misma época se acentúa más bien el aspecto de ser la «Ley» aquello que hace sagrado al libro, aunque sin prescindir por eso de lo profético que se ve incluido en la misma Ley de Moisés. A la Ley de Moisés, y a su valor de «escritura», se asocian otros libros tenidos también por sagrados. Da la impresión de que, como sucederá en el judaísmo posterior, la «sacralidad» de los libros de la Ley es más eminente, y que la del resto de los libros es como una participación de aquella. Veamos algunos testimonios más significativos.

78. Cfr. Visión V (25); Parábola IX (78; 110); Parábola X (111); etc.

79. Visión II (5): «Después que me hube levantado de orar, *vi delante de mí a la señora anciana, a quien había visto el año anterior, andando y leyendo un librito*. Y ella me dijo: «¿Puedes transmitir estas cosas a los elegidos de Dios?» Y yo le contesté: «Señora, no puedo recordar tanto; pero *dame el librito, para que lo copie*.» «Tómalo», me dijo, «y asegúrate de devolvérmelo.» Yo lo tomé, y me retiré a cierto lugar en el campo y *lo copié letra por letra; porque no podía descifrar las sílabas*».

80. Cfr. Visión II (8).

a) *Testamento de Moisés* (o *Asunción de Moisés*)

Fue compuesto probablemente tras la muerte de Herodes el Grande⁸¹, y narra, a partir de Dt 31-34, lo que Moisés dijo y dio por escrito a Josué antes de morir. El autor distingue entre el Testamento mismo y los otros libros que Moisés dio a Josué, los libros de la Ley: «Tú —dice Moisés a Josué— recibe esta escritura para que sepas como conservar *los libros que voy a transmitirte, libros que ordenarás, ungirás con aceite de cedro y pondrás dentro de vasijas de arcilla* en el lugar que él hizo desde la creación del mundo, para que se invoque su nombre hasta el día del arrepentimiento, al tiempo de la visita con que el Señor los visitará a la consumación del final de los días» (TestMo 1, 16-17). El Testamento, como ya hemos visto en obras de la segunda apocalíptica, contiene precisamente cuándo y cómo serán los días de esa «visita», y ha de ser mantenido oculto por Josué hasta que llegue el momento (cfr. TestMo 10, 11). El carácter sagrado de los otros libros, que no pueden ser sino los cinco de la Ley que guiarán la conducta del pueblo, queda indicado en la forma de guardarlos⁸².

b) *Apocalipsis siríaco de Baruc* (2 Bar)

Su composición se sitúa tras la destrucción de Jerusalén el 70 d. C. y tiene como finalidad exhortar a cumplir la Ley de Moisés. Al autor de la obra, ficticiamente situado en las circunstancias de Baruc en tiempos de la destrucción de Jerusalén por los caldeos, se le revela en visiones la causa de aquella desgracia —no haber cumplido la Ley—, y lo que sucederá al final con la llegada del Mesías. En la última de las visiones (2 Bar 53-74) se le muestra, bajo el simbolismo de una nube que sucesivamente descarga aguas negras y aguas luminosas doce veces consecutivas, toda la historia, desde la transgresión de Adán hasta el tiempo del Mesías. Las primeras aguas luminosas corresponden a Abrahán y a sus hijos y a los que se parecen a ellos: «Porque en aquel tiempo, explica, entre ellos *la ley tenía nombre (existía) sin libro*, y las obras de los mandamientos se cum-

81. Cfr. L. VEGAS MONTANER, *Testamento de Moisés*, en A. DIEZ MACHO, *Apócrifos del Antiguo Testamento, V: Testamentos o Discursos de adiós*, Madrid 1982, pp. 217-278. Sobre el carácter apocalíptico de esta obra cfr. G. ARANDA PÉREZ, *o.c.* en nota 17, pp. 297-300.

82. La práctica aquí descrita «queda muy bien ilustrada en los descubrimientos de Qumrán» (L. VEGAS MONTANER, *o.c.* en nota 79, p. 258).

plán...» (57, 2). Aunque en tiempos de Abrahán no existían los libros de la Ley, viene a decir, sí existía la Ley que es eterna. Los libros comienzan a existir en las cuartas aguas luminosas contempladas por Baruc, en las que están representados Moisés, Aarón, María, Josué y todos los que se parecen a ellos. A Moisés se le hace entrega de la Ley en una teofanía cósmica, y se le revela todo conocimiento, incluido el del final de los tiempos, y la «investigación de la Ley» (59, 2-3; cfr. 17, 4)⁸³. Puesto que las dos tablas entregadas a Moisés ya no existen, pues Dios las ha ocultado en la tierra antes de la devastación de la ciudad (cfr. 6, 7), se supone que todo lo recibido por Moisés está en los libros escritos por él, pues de la Ley, dice el Señor a Baruc, brotan los guías del pueblo, las lámparas y las fuentes, y si la cumplen tendrán todo ello (cfr. 77, 15).

Pero 2 Bar como libro, lo mismo que las cartas que Baruc envía a los hermanos de Babilonia (cfr. 2 Bar 77, 18-19), aunque contienen la palabra que el Señor comunicó a Baruc en visión, no reflejan nada extraordinario en la forma de escribirse. Ni siquiera aparece la orden divina de poner las cosas por escrito, sino de guardarlas en la memoria: «escribe, dice el Señor a Baruc, en la memoria de tu corazón todo lo que te enseñó» (50, 1). Tampoco en *Apocalipsis griego de Baruc* (3 Bar), probablemente de la misma época aunque nos llega con inserciones cristianas⁸⁴, el autor muestra que su obra, o la del profeta, tengan rasgos singulares en cuanto a su puesta por escrito. A Baruc le es enviado un ángel que le habla y lo lleva por los cinco cielos donde ve todos los secretos. Después, de nuevo en tierra, cuenta lo que ha visto. No entra en juego la función de escribir ni de la escritura.

c) El *Cuarto libro de Esdras* (4 Esd)

La parte judía de esta obra es contemporánea de 2 Bar⁸⁵, y ofrece la explicación más detenida que encontramos en esa época de qué es lo

83. Entonces «*la lámpara de la ley eterna iluminó a los que estaban sentados en tinieblas (...)* En aquel tiempo incluso los cielos fueron removidos de su lugar y los (cielos) que estaban bajo el trono del Poderoso fueron alterados, cuando tenía a Moisés junto a él. Le mostró muchas advertencias con los principios de la Ley y el cumplimiento del tiempo, como te lo ha mostrado también a ti...» (59, 2-3; cfr. 17, 4. Cfr. P. BETTILO, *Apocalisse siriaca di Baruc*, en: P. SACCHI [dir.], *Apocrifi dell' Antico Testamento*, II, Torino 1989, p. 165).

84. Cfr. G. ARANDA PÉREZ, *o.c.* en nota 17, pp. 319-322.

85. Cfr. *Ibid.*, pp. 322-327.

que constituye a un libro en «sagrado y canónico». La obra se presenta como escrita por Esdras en primera persona (cfr. 4 Esd 1, 1) y contiene las revelaciones divinas que recibió, primero mediante el ángel Uriel⁸⁶, después en tres visiones y sus correspondientes explicaciones⁸⁷. Al final de la segunda visión recibe la orden de escribir en un libro lo que ha oído y mantenerlo en un lugar escondido (12, 37-39). Se trata de una visión similar a la de las cuatro bestias de Daniel (cfr. Dn 7, 23), pero con la interpretación de que la cuarta bestia (cuarto reino) es el imperio romano, algo que no se había revelado a Daniel (cfr. 12, 10-13). Hasta aquí 4 Esd recoge las representaciones que veíamos en la apocalíptica anterior.

La novedad de 4 Esd acerca de los «libros sagrados» se refleja en la revelación que tiene Esdras a continuación de las tres visiones. En esta revelación se le habla a Esdras de la Ley dada por Moisés⁸⁸; una Ley que, en el marco ficticio creado por el autor real de 4 Esd, no existe en aquel momento porque ha sido quemada y destruida en la invasión babilónica (cfr. 14, 22-22; 4, 23). Por eso Esdras ha de volver a ponerla por escrito y para ello Esdras hace al Señor la siguiente petición: «Infunde en mí el Espíritu Santo y *yo escribiré todo aquello que ha sido hecho en el mundo desde el principio, las cosas que estaban escritas en tu Ley*, de forma que los hombres puedan encontrar el camino y vivan aquellos que quieran vivir en los últimos tiempos» (14, 22). Y, en efecto, el Señor le dice

86. Esa revelación viene motivada por la oración de Esdras que se queja al Señor por haber sido destruido el Templo; cfr. 4 Esd 4, 1; 5, 31; 7, 1 donde aparece una expresión similar: «Me respondió un ángel que me había sido enviado y me dijo...».

87. La primera en estado consciente (la de la mujer que se transforma en ciudad) se la interpreta el mismo ángel Uriel que viene de nuevo junto a él (cfr. 10, 28ss). La segunda, tenida en sueños (la del águila y el león), se la interpreta el Señor, entiéndase el ángel (cfr. 12, 7-10). La tercera (la del hombre que sube del mar y vuela con las nubes) le es interpretada asimismo por el ángel (cfr. 13, 15.21-26) que, además de interpretar la visión, desvela a Esdras el significado de lo que él mismo ha dicho a propósito de los que permanecen o no en Judá (cfr. 13, 21).

88. Es presentada con rasgos similares a la que tuvo Moisés cuando Dios le habló desde la zarza (cfr. 14, 1-3; Ex 3, 8), y el Señor mismo recuerda a Esdras que se reveló a Moisés en el Sinaí y le comunicó los secretos de los tiempos y el fin de las épocas, ordenándole que diese a conocer algunas de aquellas palabras, pero que otras las guardase ocultas (cfr. 4 Esd 14, 4-6). A Esdras se le anuncia también que va a dejar este mundo y que el fin de los tiempos se aproxima (cfr. 14, 11-12). Aunque nada se dice expresamente de la actividad literaria de Moisés, se deja entender que la Ley había sido dada por escrito para todos, no así otras cosas relativas al final de los tiempos que Moisés recibió en el Sinaí. Son las que va a escribir Esdras. En esto 4 Esd coincide con 2 Bar.

cómo ha de ponerlo por escrito mediante cinco secretarios durante cuarenta días (cfr. 14, 23-26).

Así narra Esdras la manera en que lo llevó a cabo: «Al día siguiente me sucedió que una voz me llamó diciendo; Esdras, abre la boca y bebe lo que yo te doy. Abrí la boca y he aquí que se me ofrecía un cáliz lleno: parecía como de agua pero su color era semejante al fuego. Lo tomé y bebí, y mientras lo bebía, mi ánimo hacía surgir inteligencia y en mi pecho crecía la sabiduría, porque mi espíritu recobraba la memoria; mi boca se me abrió y ya no se cerró El Altísimo dio también inteligencia a aquellos cinco hombres y *lo que se les decía progresivamente lo escribían en caracteres que no conocían*, permaneciendo así cuarenta días, escribiendo durante el día y alimentándose durante la noche, mientras yo durante el día hablaba, pero durante la noche callaba. *En estos cuarenta días fueron escritos noventa y cuatro libros*. Sucedió que cuando se hubieron cumplido los cuarenta días, el Altísimo me habló diciendo: Los veinticuatro libros que has escrito en primer lugar hazlos públicos, que los lean quienes sean dignos y quienes sean indignos; pero los setenta escritos en último lugar guárdalos para entregarlos a los sabios de tu pueblo, porque en ellos está el manantial de la inteligencia, la fuente de la sabiduría y el río del conocimiento. Y yo así lo hice en el año séptimo, en la sexta semana, después de los cinco mil años de la creación, tres meses y doce días. En estos días Esdras fue arrebatado...» (4 Esd 14, 38-48).

Aquello que Esdras pone por escrito es lo que él ha recibido como revelación en las visiones y en sus respectivas interpretaciones. Por una parte, es lo que ya recibiera Moisés, con el que el autor real de la obra se pone en paralelismo en cuanto a la revelación, o sea, los libros de la Ley; lo que recibieran los profetas, entre los que se menciona a Daniel (cfr. 4 Esd 12, 10-30) y lo contenido en otros libros que no especifica. Son los veinticuatro libros que el judaísmo de la época de composición de 4 Esd tiene como literatura sagrada, si bien en 4 Esd se recoge la idea de que fue Esdras quien los transcribió. Por otra parte están los setenta libros, que son precisamente los más importantes en orden a la adquisición de sabiduría e inteligencia, en los que se contiene la enseñanza de Esdras destinada únicamente a los sabios (cfr. 12, 38; 14, 26.46)⁸⁹. En cuanto

89. Aunque ciertamente 4 Esd refleja la centralidad de la Ley de Moisés, al modo del judaísmo tanaítico, se sitúa entre la apocalíptica que reinterpreta la ley y la profecía en

libros sagrados, todos ellos lo son ahora igualmente, pues han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo con la que habla Esdras y con la asistencia que proporciona a los secretarios como instrumentos infalibles⁹⁰. La comprensión de «libro sagrado» en 4 Esd es muy similar a la que se refleja bajo las expresiones del Nuevo Testamento respecto a las «Escrituras»⁹¹.

d) La *Vida de Adán y Eva*

Se trata de una nueva narración de la historia de Gn 1-3. La *Vida griega*, escrita al parecer a mediados del s. I. d. C.⁹², deja entender que no sólo los cuerpos de leyes, sino los relatos de carácter histórico se deben a Moisés; que él escribió el conjunto de los libros de la Ley. La obra se introduce, en efecto, como la «historia y vida de Adán y Eva, los primeros creados, que Dios reveló a Moisés, su siervo, cuando recibió las tablas de la ley de la alianza de mano del Señor, instruido por el ángel Miguel» (1, 1). Pero nada más dice sobre la actividad literaria de Moisés en el sentido de que fuese ordenada o asistida por Dios. A quien sí se presenta como autor de «libros sagrados» es a Set en la *Vida latina de Adán y Eva* antes mencionada⁹³. Set, se dice, escribió en unas tablas la vida de sus padres mientras un ángel sostenía su mano. Cuando Salomón las leyó «hizo un voto de edificar allí (donde encontró las piedras) una casa de oración al Señor Dios. Salomón llamó a aquellas letras aqui-licas, es decir, escritas con el dedo de Set, sin enseñanza oral, mientras un

orden a un futuro inminente. Cfr. J.R. MUELLER, *A prolegomenon to the Study of the social function of 4Ezra*, en K.H. RICHARDS (dir.), *Society of Biblical Literature Papers 20, 1981*, Chico 1981, pp. 259-268.

90. El aspecto mecánico que se da en la acción de los copistas sólo refleja el hecho de que escriben con toda fidelidad porque también les asiste el espíritu, pero no es que ellos gocen de la verdadera inspiración para escribir.

91. Cfr. Mc 12, 36; Lc 1, 67; Hch 1, 16; 2 Ts 3, 15; 2 P 1, 21; etc.

92. Cfr. G. ARANDA PÉREZ, *o.c.* en nota 17, 347; N. FERNÁNDEZ MARCOS, *o.c.* en nota 90, pp. 319-320.

93. Esta obra es una narración anónima sobre el mismo tema que la anterior, y, al contar la muerte de Eva informa que ésta, antes de morir, ordenó a su hijo Set escribir en unas tablas de piedra y en otras de barro «toda mi vida y la de vuestro padre, así como todo cuanto oísteis de nosotros y visteis» (50). Así lo hizo Set, y muchos, después del diluvio, vieron las tablas de piedra pero no pudieron leerlas. Sólo pudo hacerlo Salomón porque el Señor, por medio de un ángel, le abrió el sentido «para entender lo que estaba escrito en las tablas» (52).

ángel del Señor sostenía su mano» (52). Aunque, ciertamente, para el autor de la *Vida* se trata de escritos secretos, éstos poseen un valor sagrado excepcional por la forma en que fueron escritos con ayuda angélica⁹⁴. El carácter de «instrumento» del autor humano, en este caso Set, queda así plásticamente representado.

En *resumen*, a la luz de los datos que ofrece esta última etapa de la literatura apocalíptica podemos hacer las siguientes consideraciones sobre el libro sagrado:

1) Los libros se integran en *corpus*, y son estos *corpus* los que se presentan en su conjunto como libro sagrado. Así sucede con los libros de Henoc en la tradición henóquica (o 1 Hen), en los libros de la Ley de Moisés en TestMo, en los veinticuatro libros entregados por Esdras o en los setenta que reserva a los sabios. En este contexto, los hagiógrafos del NT apelan a las «Escrituras» como un todo en cuanto «libro sagrado».

2) Dichos *corpus* se constituyen en base al «autor» de los libros. Lo vemos en la recopilación de 1 Hen, en los libros de la Ley o de Moisés, y en los escritos por Esdras. Que se trate, evidentemente, de autores inventados (pseudoeπίgrafos) corrobora que la atención se fija en el «autor».

3) Tal «autor» y sus libros siguen siendo considerados mediadores directos de la revelación —palabra de Dios—; si bien, ahora, se perfila con más claridad la forma en que cada uno de ellos la recibe y la escribe: Henoc y el apóstol Juan ven y transmiten el contenido de las «tablas celestes» o del «libro de la verdad»; a Moisés se le entregan los «libros de la Ley»; a Esdras se le revela todo y lo pone por escrito, con ayuda de secretarios, inspirado por el Espíritu Santo que habla por su boca. Los hagiógrafos del NT asumen en general esta última representación.

4) Cada *corpus* presenta la revelación con una connotación fundamental diversa, aunque en todos permanecen de una forma u otra los elementos legales y proféticos que hemos ido viendo: En el *corpus* de Henoc predomina el aspecto profético, es decir, lo que va a suceder en un futuro inmediato y en el juicio; en el de Moisés, la Ley que se ha de cum-

94. La figura de Set como autor de libros sagrados es retomada con fuerza en la literatura gnóstica en obras como *Apocalipsis de Adán*, *Evangelio de los egipcios*, *Las tres escelas de Set*; etc. Pienso ocuparme de esta literatura en un próximo estudio.

plir (TestMo; 2 Bar); en los noventa y cuatro libros escritos por Esdras, la Ley que ya se había revelado a Moisés y nuevas revelaciones proféticas. Para los hagiógrafos del NT la perspectiva propia es que la «Escritura» hablaba de Cristo.

5) Se defienden los libros sagrados frente a quienes les niegan ese carácter, o hacen falsas imitaciones o los alteran. Así lo vemos especialmente en el *Libro de las enseñanzas y castigos* de 1 Hen, y en *Apocalipsis de san Juan*. Esto denota el inicio de una conciencia «canónica» a propósito de los libros sagrados; si bien en ese momento, a excepción quizás del Pastor de Hermas, el criterio de discernimiento propuesto no es otro que la afirmación y ratificación de la «autenticidad» e inalterabilidad del libro por parte del autor.

Gonzalo Aranda Pérez
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA